

# Antisocialismo visceral

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

EL primer Concilio Vaticano se reunió en el momento de la revolución industrial. Dos años antes, Karl Marx había escrito su libro *El capital*; sin embargo, el Concilio no dio ninguna directriz sobre la justicia social en los países industrializados, no tuvo ninguna palabra de aliento para el proletariado, para la clase obrera en situación injusta. Por eso se debe uno preguntar: "¿Cómo hubiera podido elevarse por encima de su miseria esta clase obrera para alegrarse de la definición de la infalibilidad?"

Con este realismo cristiano habló en el Concilio un superior de una congregación religiosa de misioneros, el padre Mahon. Y tenía en estas reflexiones más razón que un santo. La Iglesia, años anteriores, no se había preocupado nada más que de combatir al socialismo y a su manifestación más científica, propuganada por Marx. El miedo a perder la Iglesia institucional su *status* de privilegio social, le llevó a este olvido anti-evangélico del problema social agudo que surgía en nuestra sociedad decimonónica que se industrializaba. Los argumentos más infantiles se dieron entonces para intentar convencer a los que padecían la injusticia social, y los epítetos contra todo socialismo fueron incluso —a la luz más serena de hoy— producto de una especie de histerismo que se produjo en aquellos máximos dirigentes de la Iglesia católica. A todo socialismo se le atribulaban los peores males. Era algo muy parecido a la definición de infierno que daban nuestros catecismos españoles de antes de la guerra civil: "El conjunto de todos los males, sin mezcla de bien alguno".

Una descripción tan caricaturesca, sazónada de epítetos injustos e insultantes, no consiguió atraer a la gran masa obrera hacia la Iglesia. Únicamente consiguió fomentar la incompreensión de los bien situados, que se sintieron protegidos en su egoísmo por las palabras religiosas que emanaban de la autoridad eclesiástica. Hasta el año 1891, en que León XIII publicó su encíclica social *Rerum novarum*, difícilmente se encuentra una frase autorizada del alto clero vaticano comprendiendo el problema social en toda la grave dimensión que tenía en el siglo XIX. Y León XIII planteó todavía este problema de la injusticia social de un régimen industrializado capitalista con palabras que hoy suenan a ingenuidad manifiesta.

Para ilustración de todo es conveniente recordar los denuestos que se produjeron hasta casi final de siglo, incluidos los del propio León XIII en muchos de sus documentos.

El Papa Pío IX calificó estas nuevas co-

rrientes en 1846 así: "La execrable doctrina llamada comunismo, totalmente contraria al Derecho natural en sí".

Tres años después, en 1849, desarrollaba estas ideas hablando de la seducción que padecían los obreros por hacerles una promesa de un estado de vida más feliz: "Las perniciosas invenciones del comunismo y del socialismo... Los obreros y los hombres de condición inferior, engañados por su lenguaje artificioso y seducidos por la promesa de un estado de vida más feliz... Los jefes del comunismo o del socialismo cuentan servirse de su ayuda para atacar el poder de toda autoridad superior, para saquear, dilapidar o invadir, primero las propiedades de la Iglesia y después las de todos los demás particulares". Y termina diciendo este tremendo Papa que se arrepintió al final de su vida de haber tenido antes algunas veleidades liberales, que todo socialismo era "sistema perverso".

Por si esto fuera poco, en el año 1864 hace una descripción de los socialismos llamándoles "funestos errores", y, sorprendentemente, dice que "la familia deriva toda su razón de ser puramente del Derecho civil", según el socialismo. Como si esto fuera algo malo, y como si la familia no tuviera unas raíces naturales que son la base de cualquier reflexión religiosa sobre la misma, y no al revés. Olvidaba este Papa la enseñanza tradicional católica de que "la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona". Sin esa base natural no puede haber nada eficazmente religioso ni en la familia ni en ninguna otra estructura de la sociedad.

En ese mismo año se publicó la colección de errores modernos llamada *Syllabus*, y, en una incongruente mezcolanza, se identificaban las cosas más dispares mezclando "habas con capachos", como diría Sancho Panza. En él se dice: "Socialismo, comunismo, sociedades secretas, sociedades bíblicas y sociedades clérigo-liberales son cosas pestíferas". Así, ni más ni menos.

Lo curioso es que un hombre mucho más comprensivo para algunos aspectos del mundo moderno como lo fue León XIII con la democracia y los Gobiernos populares, al hablar de estas cuestiones se obcecaba diciendo también cosas incongruentes. Le parece que hasta el nombre de socialistas es "nombre casi bárbaro". Y describe estas corrientes sociales diciendo que sus seguidores "están repartidos por toda la Tierra y ligados entre ellos por un pacto inicuo, no conformándose con las tinieblas de reuniones ocultas, sino manifestándose pública-

mente y al día con toda confianza". Respecto a la propiedad privada se sorprende de que digan los socialistas que es "una invención humana", cuando así lo señalaron lo mismo los antiguos Santos Padres que nuestros teólogos juristas del siglo XVI. Y se escandaliza de que los "socialistas... proclamen que no se puede soportar pacientemente la pobreza". Los que siguen el socialismo son llamados por este Papa "sectarios", que "se reclutan sobre todo entre hombres impacientes de su condición obrera..., movidos por el señuelo de las riquezas y la promesa de otros bienes materiales". Y propugna —para asombro de cualquier hombre de hoy— que se formen asociaciones religiosas de obreros y artesanos para que, "bajo el patronato de la religión, sepan conseguir para todos sus miembros que estén contentos con su suerte y resignados a su trabajo".

En documentos posteriores, este mismo Papa había de estos "monstruos horrendos que son la vergüenza de la sociedad". Monstruos que, según él, "dejan sueltas las pasiones populares", fomentan "la envidia entre las clases sociales", y es necesario inspirar un espíritu religioso "para conjurar el terror del socialismo". Llegando a decir en su encíclica más social, la *Rerum novarum*, que "la teoría socialista de la propiedad colectiva debe repudiarse absolutamente como perjudicial a aquellos mismos a quienes quiere socorrer".

Socialismo y comunismo quedan rechazados de forma absoluta, sin matices ni distinciones, que luego la Iglesia no ha tenido más remedio que hacer para ser un poco más realista.

Una meditación serena de todos estos textos es suficiente para reconocer la incompreensión que la jerarquía del pasado siglo tuvo con las corrientes socialistas; postura visceral que hacía caso omiso de la inteligencia de los problemas sociales, y que actualmente se ha manifestado, consciente o inconscientemente, en la reacción incomprensible que políticamente ha adoptado casi toda la jerarquía italiana en su país, a diferencia de gran parte de la jerarquía eclesiástica francesa, que ha sabido comprender, al menos en parte, el acercamiento de los cristianos a un marxismo humanista. ■